

Mario Sánchez Latorre

## Notas sobre la idea de la historia

«Todas las cosas que existen vivas tienen su proporción en sí mismas».—  
GOETHE.

«Pero los que buscan oro cavan mucho y encuentran poco».—HERÁCLITO.



Si se realizara la tarea de preguntar a un grupo de hombres, cuál es su idea de la historia, es muy posible que nos encontráramos, pronto, ante una cantidad de respuestas divergentes, exactamente igual al número de interrogados.

Pero ese antagonismo es sólo aparente. En el fondo existe una unidad de pareceres, de visiones, que se asemejan por el simple hecho de pertenecer a una época dada, poseedora de un patrimonio de juicios y de categorías con los cuales mira hacia el exterior. Así es comprensible la coincidencia de conclusiones que pueden ocurrir en diversos puntos de la tierra, sin mediar una relación continua e intensa de intercambio espiritual. Variadas veces se ha producido esa sincronización de vibraciones que llevan a una meta

común a dos o tres o más espíritus de selección y en muchas ocasiones por desconocer el pensamiento precedente, se corre el riesgo de acertar sobre una idea que ya ha sido explorada y conocida con algunos siglos de anterioridad, igual como según cuentan, estas tierras de América fueron visitadas por los normandos algunas centurias antes de hacerlo Colón.

Si atendemos a la multitud de investigaciones empeñadas para lograr extraer un concepto de la historia, causa verdadero espanto comprobar que el cociente arrojado por tamaña labor lleva un germen de anarquía y de vaguedad asombrosas. Y esto ocurre al hacer referencia exclusivamente a historiadores que viven un mismo tiempo, porque mayor desorientación se presenta al revisar en forma «histórica» las concepciones de aquellos hombres que se han consagrado a este oficio paciente y humilde desde la más alejada antigüedad. El abismo que separa a Tucídides y Heródoto es como el que divide a Ranke y Dilthey, o como el que va de Polibio a Burckhardt. La preocupación histórica varía en intensidad entre los países, épocas y culturas tal como difiere entre los hombres de un mismo lugar.

¿Tendremos que estar de acuerdo con el supuesto de que no se puede pedir una definición de la historia aceptada llanamente por el oficiante consumado y por el novicio que entra con curiosidad y a tientas por allí?, o al revés. ¿que solamente se pueden postular ciertas «definiciones» como historiadores existen o han existido?

Y aquí arribamos a una encrucijada cuya salida depende, en alto grado, de la apreciación personal, con los consiguientes gustos, disgustos, sentimientos éticos, religiosos y, en general, todo el conjunto de jui-

cios preestablecidos alojados en el pensamiento de cualquier ser humano. Aunque en verdad, una estimación sincera sobre algún hecho del hombre está teñida de una cierta subjetividad emotiva o pasional. Y la historia como arcón donde se guardan los hechos singulares del hombre y de la sociedad, es una de las prisioneras más distinguidas del subjetivismo.

En la producción histórica se incorpora casi tanto espíritu del que selecciona y construye como en la escultura, la poesía o la música. La arquitectura delicada de un período visto por Burckhardt tiene la sutileza y el cromatismo de una Sonata de Beethoven, que contrasta con el relato potente y primitivo de un trozo de Heródoto o con la gravedad señorial de un Julio César.

Para algunos de ellos la historia posee los atributos de la sentencia y de la enseñanza que se desprende de hechos consumados en la experiencia ajena, para otros, es un largo devenir hacia la libertad absoluta o el lento proceso de perfección de la humanidad. En todo caso una reversión viva del pasado. En fin, todo un sinnúmero de teorías y concepciones lineales o cíclicas, el flujo constante o el eterno retorno, el acontecer casual o la realización de un drama fatal del cual nadie escapa. Pero en todas y cada una de estas elaboraciones se nota un soplo de pesimismo, optimismo o escepticismo que en última instancia reflejan una personalidad, un modo de ver, pensar y actuar definidos. Ninguno comete el escándalo de salir fuera de sí mismo y exponer en forma objetiva y estrictamente imparcial los hechos que motivan su atención, como harían con una ecuación o una fórmula científica.

Si en un momento dado tenemos una carta que ha

sido escrita por nuestro propio puño, cierta cantidad de años atrás, y si por casualidad en ella se tomaban decisiones que tuvieron no escasa influencia en nuestro desarrollo posterior, al releerla no sólo se recobra la intensidad de las medidas adoptadas, sino que también se revive el estado anímico, el lugar donde fué redactada, las ilusiones que en esos instantes se desvanecían o las esperanzas que brotaban como apoyos para continuar una nueva o vieja ruta. En resumen, la atmósfera interna y externa que rodeó y determinó el nacimiento de aquel escrito. La carta cobra importancia únicamente en la medida que sirve de llave para entrar en ese ambiente que puede tener un clima alterado o tranquilo, pero que aparentemente es yermo e inanimado. Así como es necesario sacar la cáscara de la fruta para exprimir su carne blanda y jugosa; se precisa rascar esa superficie aparential para entrar en su espíritu vivo y palpitante.

La capacidad del hombre para plasmar las circunstancias externas e incorporarles gran parte de su torrente espiritual, es una tarea en que intensifica gradualmente su pasión y entusiasmo, hasta convertirlas en una creación pura y simple, que se asimila a la elaboración poética.

Esta creación singular que se realiza en el devenir, es un hecho que posee vida en potencia y puede ser captado por un poderoso esfuerzo sentimental retrospectivo.

Existen otros hechos que llevan las mismas características de los anteriores, pero que son difíciles de ubicar en la cronología, ya sea porque se confunden en el mundo real de la fantasía, ya sea porque los rastros concretos al desaparecer, han dado paso a las imprecisiones mitológicas. Más tarde pueden adquirir

categoría histórica al desempeñarse como circunstancias de un momento decisivo. Es un elemento histórico que entra a participar en el proceso de la historia, la piedra que cae de rebote y altera la mansedumbre de las aguas.

Cuenta Polibio que cuando Scipión Africano se disponía a destruir a Cartago, desde una altura del terreno contempló la ciudad y recitó los versos del discurso de Agamemnón, ante la «Violación de Juramentos»: «Día vendrá en que la Sagrada Ilión, Príamo y su glorioso pueblo han de perecer», y agrega, que el general lloró al pensar que su patria experimentaría el mismo destino de esas naciones invencibles.

La actitud legendaria de Agamemnón tiene su reverso histórico en Scipión Africano, pero la furia se transforma en pena porque el dardo pasa sobre el enemigo y se dirige al corazón del vencedor.

Una profecía tiene valor, solamente cuando se cumple.

En un clima de muerte la sensación de la soledad obliga al individuo a volverse rudamente sobre sí mismo. Y el examen encarnizado remueve raíces antiquísimas y casi ignoradas. Parece que en un hombre desembocara una especie de torrente subterráneo que atraviesa las generaciones y va depositando su légameo en cada existencia humana. La búsqueda en este mundo fantasmal entrega riquezas y sobresaltos inesperados. El camino presenta una cantidad infinita de matices y el asombro mantiene su centelleante obscuridad en este continuo avanzar hacia atrás.

La vida de un hombre no sólo se compone de hechos ocurridos en la trayectoria de su existencia, sino que generalmente se proyecta y plasma todo un mundo que parece estar fuera de él. Se esconde en los

repliegues de su alma y cuando se abre entrega un ligero airecillo otoñal que siembra el rumor en las hojas, anuncia el paso del tiempo y decanta las aristas del espíritu. Es un aliento que se desprende de un castillo antiguo, de los claustros de un vetusto monasterio, del mármol de una tumba silenciosa o de un parque centenario. Azota la cara del peregrino o del viajero, acelera el curso de su sangre y lo conduce a un estado de reflexiva serenidad.

Dentro del número ilimitado de conclusiones que la idea de la historia nos brinda, se pueden presentar algunas que se desprenden de este breve bosquejo:

a) La historia es un vasto campo de realizaciones singulares del hombre y de la sociedad, cubierto por una superficie de datos inanimados;

b) Presenta el doble carácter de ser el pasado de lo humano y al mismo tiempo de verter sobre ese pasado un criterio de valor;

c) Tal examen la sitúa como vasalla del subjetivismo y la equipara a la literatura o a la música; y

d) La mayoría de los elementos que la integran provienen de la actividad poética y el modelado de esos materiales culmina en la misma tarea.

La historia forma parte de la intimidad del hombre y lo ayuda a conocerse en la medida que contribuye a su preocupación metafísica, para que encuentre los claros y sencillos fundamentos que atan a este mundo, su espíritu y su existencia. El hombre necesita conocer y superar la historia para no ver realizada la sentencia de Höelderlin: «ser consumido por las llamas que no supo domar».